

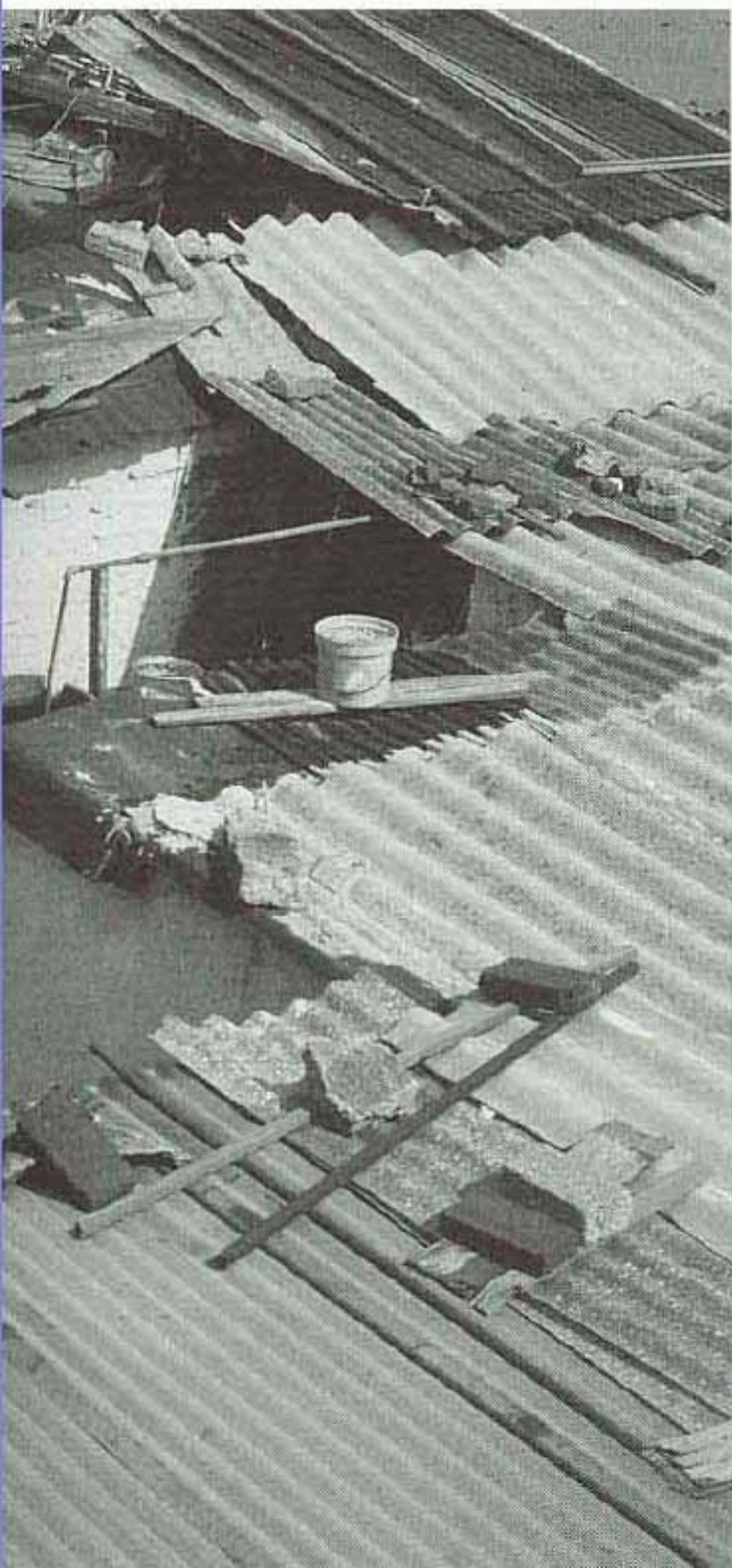
¿Qué futuro? Perspectivas para la Ciudad de México /

Peter Krieger

Doctor en Historia del Arte,
Universidad de Hamburgo,
Investigador del Instituto de
Investigaciones Estéticas, UNAM



Peter Krieger reflexiona sobre el futuro de la Ciudad de México bajo tres parámetros: la concientización, la ciudadanización y la internacionalización de la arquitectura.



Las visiones del futuro han perdido su brillo. La confianza en las grandes utopías urbanas y en el progreso de la arquitectura ha sido reemplazada por un realismo sustentado en el análisis de la urbe como sistema complejo. En su estudio sobre la megaciudad africana de Lagos, Rem Koolhaas y sus estudiantes de Harvard desarrollaron nuevas formas de análisis estructural e interpretación semántica. Expuestos al aparente caos de la morfología megalopolitana con su sobrecarga de significativos visuales, cuestionaron los métodos tradicionales del análisis urbano. También el paisaje urbano de México cuenta con una constitución visual que estimula reflexiones acerca de los cambios profundos en el hábitat humano bajo condiciones extremas, no-controlables e inentendibles; además, la exposición directa del investigador al polifacético ambiente megalopolitano sin filtros epistemológicos —como las teorías autosuficientes de la arquitectura— y autoengaños occidentales tradicionales —como el “master-plan” de un mundo feliz— exigen revisiones metodológicas y terminológicas para el trabajo de los arquitectos y urbanistas.

Ambos grupos profesionales mantienen la esperanza de que su trabajo sirva para mejorar el ambiente vital de la ciudad; no obstante, su importancia social y su poder decisivo disminuyen en cifras preocupantes hacia el futuro próximo. Sin embargo, esto no es una justificación para caer en la indiferencia, al contrario, es un estímulo para discutir, de manera plural y controvertida, los parámetros del desarrollo futuro de la Ciudad de México y revisar el papel de los arquitectos en este proceso. Es justo advertir que el debate sobre el futuro de nuestra megalópolis no debería expresarse como una renarración y reinención del exitoso “topos” cinematográfico “Blade Runner”: la megaciudad monstruosa, desesperada, condenada a no tener un futuro sustentable. Más allá de utopías negativas o visiones fatalistas para la megalópolis mexicana, propongo aprovechar las libertades intelectuales de la bitácora de la arquitectura mexicana, con sus rayos de luz que revelan facetas desconocidas y productivas de la problemática esbozada. Posiblemente algunas reflexiones y provocaciones ayuden a profundizar el entendimiento de las tareas del arquitecto en la sociedad y ciudad actual; y probablemente algunos comentarios sirvan para revisar los planes de estudio en la educación superior en arquitectura y urbanismo.

Empiezo estas reflexiones sobre el futuro de la Ciudad de México bajo tres parámetros: la concientización, la ciudadanización y la internacionalización de la arquitectura.



Todo aquel que analiza o produce arquitectura en la Ciudad de México debe estar consciente de que dos problemas básicos cuestionan la viabilidad del hábitat: el desequilibrio social y el ecológico. Sin repetir datos conocidos del sociograma en la Zona Metropolitana del Valle de México (ZMVM), es importante mencionar que casi la mitad de la población vive en la pobreza, lo que es una fuente de desesperación y criminalidad. En el nivel urbanístico y arquitectónico, las distinciones sociales de las clases se expresan en contrastes obscenos. En contra del tradicional concepto "ciudad" como una infraestructura simbólica y material que media entre los intereses colectivos e individuales, la ZMVM se disuelve en satélites y enclaves con poco metabolismo. La colonia popular, así como el conjunto residencial lujoso, de manera preocupante, reclaman una autonomía del desarrollo más allá de las autoridades ciudadanas y regionales. La superestructura administrativa –y mnemotécnica– de la megaciudad desaparece en la virtualidad porque predomina la actitud anárquica de ignorar cualquier instancia superior de planeación racional y equilibrada. Esto, en primer lugar, se comprueba en el aumento de las "gated communities", entidades autónomas de casas para las clases medias y altas que se cierran al intercambio estructural de la ciudad.

No es un fenómeno específico de México; en muchas grandes ciudades del mundo crece este fenómeno socioespacial. Se estima que en el año 2004 más de once millones de estadounidenses vivirán en las "gated communities", donde los habitantes tienen que ceder derechos ciudadanos básicos a cambio de una aparente seguridad contra la creciente criminalidad fomentada por la pobreza de "los olvidados". Así, los arquitectos tienen que ocuparse con estas tendencias, no sólo porque ahí les esperan comisiones, sino porque cualquier futura intervención arquitectónica está determinada por el miedo a la heterogeneidad social, étnica, religiosa, etcétera. Por eso surge la necesidad de buscar soluciones espaciales, constructivas y estéticas que tomen en cuenta los "miedos" colectivos de los clientes, sin fortalecer los mecanismos de exclusión social en el ambiente urbano. La violencia como legitimación simplificada

para un nuevo racismo de homogeneidad no es sólo una preocupación de los sociólogos; es un desafío para arquitectos, quienes tienen la difícil tarea de concretar los valores de ciudadanía con formas útiles y agradables.

Básicamente, la concientización de estos valores de la comunidad ciudadana se realiza en las múltiples percepciones de los espacios urbanos. En el acto de ver, los habitantes se ubican en su ambiente, conocen los contextos arquitectónicos, miden las relaciones espaciales y definen sus hogares. Aprender a ver y entender el entorno urbano es una de las capacitaciones necesarias para desarrollar una conciencia sobre los valores de la comunidad urbana. Es un "desideratum" para la creación de un futuro sustentable de la Ciudad de México que no sólo los investigadores sino todos los ciudadanos aprendan a leer y entender la imagen urbana como una prueba para la comunidad. Las rupturas visuales en el ambiente urbano sacuden virtualmente la conciencia colectiva e inspiran un proceso comunitario de reconstrucción del hábitat con parámetros más adecuados y equilibrados.

La omnipresente contaminación visual, por ejemplo, es fuente de altos ingresos para unos y molestia para muchos. Ella cuestiona el ecosistema urbano –por la sustitución de árboles por postes de hierro– y aun más, la rica y divertida cultura urbana de México. ¿Por qué se limita la prohibición de los espectaculares sólo al centro de Coyoacán o al Paseo de la Reforma? ¿por qué no luchar en otros espacios de la megaciudad contra tal contaminación, que ensucia visualmente la orgullosa imagen de la ciudad? Aquí deben estar presentes los arquitectos con sus propuestas de diseños atractivos para los habitantes. Por siglos, la arquitectura cumplió un compromiso ético y estético. ¿Por qué no rescatar esta gran tradición ciudadana, que en Occidente empezó con la filosofía práctica de Aristóteles (en la *Ética a Nicómaco*)?

Para lograr esto, es importante conocer en detalle y de manera empírica el ecosistema de la ciudad. Salir de la propia casa bien decorada y protegida, dejar el coche supermoderno en su estacionamiento y, simplemente, caminar por las calles de México es una condición indispensable para la

El manejo del agua en términos urbanísticos y arquitectónicos es uno de los grandes temas del futuro, y es posible tomar la Ciudad de México como un caso paradigmático.



Aprender a ver y entender el entorno urbano es una de las capacitaciones necesarias para desarrollar una conciencia sobre los valores de la comunidad urbana.

educación del ciudadano comprometido. Aún más, para los arquitectos, la investigación empírica es una fuente enorme de inspiración, más allá de la manipulación globalizadora de muchas revistas brillantes de arquitectura. Para Rem Koolhaas, el estudio de Lagos, una ciudad totalmente fracasada en términos de planeación, le sirvió como contraparte necesaria a sus diseños "chic" e hipercomerciales para las boutiques Prada. Como han confirmado —entre cinismo y realismo— los arquitectos Ben van Berkel y Caroline Bos, la profesión del arquitecto se acerca actualmente al creador de alta costura, y los productos arquitectónicos se reducen a cumplir con el "branding" comercial y con el "lifestyle" de los consumidores económicamente poderosos.

Por eso, es válido retomar la lección "koolhaasiana" de Lagos y exponerse al caos creativo de la megaciudad de México; "Aprendiendo de Insurgentes" es sólo uno de los muchos posibles proyectos para fomentar el compromiso pragmático del arquitecto con su propio ambiente en lugar de cultivar el mundo exclusivo y excluyente del consumismo. Incluso la exposición al caos visual contiene más estímulos para el diseño arquitectónico que el estudio de las boutiques en Nueva York y Milán.

Otro problema básico del futuro es el desequilibrio ecológico de la Ciudad de México, en sus diferentes dimensiones, entre la contaminación del aire y la escasez del agua. No sólo las emisiones descontroladas de la industria, sino el exagerado culto al auto individual causan una contaminación sistemática del aire en toda la cuenca de México. Las consecuencias son conocidas: un aumento extraordinario de las enfermedades de las vías respiratorias, como el cáncer de pulmones o el creciente déficit en el sistema de inmunidad de los niños. Pero en lugar de fomentar un atractivo, limpio y eficiente transporte público con tranvías —que funciona bien en muchas ciudades europeas— se planea el aumento de vías para el tránsito individual en coches. Peor aún, los segundos pisos del Periférico y Viaducto no sólo rinden un culto anacrónico al progreso unidimensional destructor, deteriorarán la calidad de vida de casi todos los habitantes vecinos a esas vías rápidas. Esto también es tema para los ar-

quitectos, porque la construcción de megaestructuras hostiles, como una autopista elevada, trae como consecuencia formas de protección en el diseño de edificios, obstrucciones visuales en lugar de fachadas abiertas al metabolismo urbano.

Probablemente la transparencia es uno de los desafíos más destacados para la arquitectura en la megalópolis actual. Pero no en el sentido de producir rascacielos con cortinas de vidrio, sino como rescate de la transparencia del aire como proyecto sociocultural, al tomar conciencia de la pérdida de las maravillosas condiciones topográficas de la Ciudad de México: su anillo de montañas, que da orientación e identificación espacial.

También el agua ha constituido por siglos la identidad urbana de México. La desaparición de ríos y canales en tubos subterráneos fue más que una medida neutral de la ingeniería hidráulica; fue la destrucción de una específica calidad ecoestética. Como ha demostrado el coloquio internacional Actapopolis (Facultad de Arquitectura, octubre de 2001), el manejo del agua en términos urbanísticos y arquitectónicos es uno de los grandes temas del futuro, y es posible retomar la Ciudad de México como un caso paradigmático. Concretamente, falta aplicar sistemas de recuperación de las aguas pluviales en cada casa y edificio de la ciudad. En un segundo paso —utópico— es posible abrir los ríos entubados y diseñar riberas atractivas para peatones y ciclistas. Lo que grabados y fotografías históricas de la Ciudad de México muestran —un juego estimulante entre las formas arquitectónicas y las superficies del agua— es rescatable en el futuro próximo. Tal vez es posible realizar en México un concurso de ideas sobre agua y arquitectura, como lo ha organizado la Unión Internacional de Arquitectos, recientemente, a nivel mundial, para estudiantes de arquitectura.

Se necesita una concientización sobre el uso inteligente de los limitados recursos naturales en la megaciudad. Los arquitectos y urbanistas deberían ser los primeros en el reclamo de los acuerdos sobre la sustentabilidad ratificados en Río de Janeiro durante la conferencia de la ONU, 1992, y profundizado en la conferencia Hábitat-II en Estambul, 1995. Decisiva para cualquier diseño arquitectónico debe ser la introspección de que el propio comportamiento no afecte el ambiente de todos los ciudadanos.



Salir de la propia casa bien decorada y protegida, dejar el coche supermoderno en su estacionamiento y, simplemente, caminar por las calles de México es una condición indispensable para la educación del ciudadano comprometido.

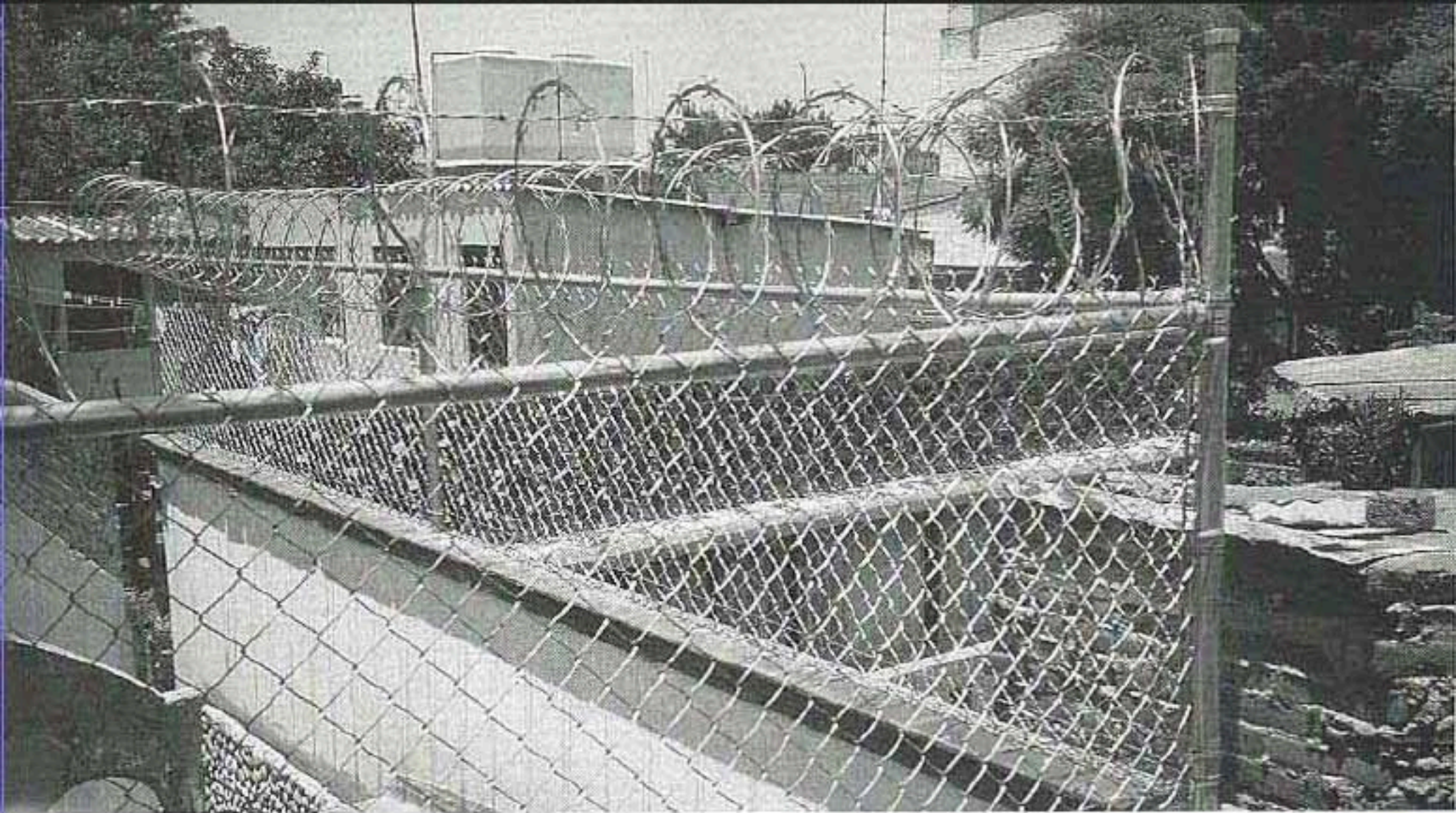
Este postulado contiene un sentido político más profundo: el de la ciudadanización. Hay cierto malentendido de este término en los debates actuales sobre la política. Su origen es la palabra latina "civitas", que define la comunidad de la ciudad y sus valores. Por eso, en términos de planeación urbana y arquitectónica, la ciudadanización requiere la participación de todos los ciudadanos en los asuntos de la ciudad. Las experiencias a nivel mundial han demostrado que resulta difícil establecer foros y mecanismos de intercambio de ideas entre expertos y ciudadanos en cuanto a la toma de decisiones sobre el futuro desarrollo de la ciudad. No obstante, es posible superar estos problemas de comunicación y elaborar una agenda de temas relevantes para la población urbana, como la preservación de zonas habitacionales frente a la invasión de empresas, el cuestionamiento de irresponsables programas viales o la creación de espacios verdes. El arte del compromiso, una esencia de la política, necesita más que encuestas telefónicas. Hay que ofrecer amplios espacios en los barrios, en los medios de información, incluso en internet, para tratar todas las propuestas de mejora de los ambientes urbanos. El intento de resolver problemas concretos de la convivencia humana en las ciudades, según mi opinión, convence más a los ciudadanos que cualquier discurso abstracto de su gobierno o de un anuncio televisivo.

Además, los programas de educación arquitectónica y urbanística en el plano popular y escolar pueden servir como elementos clave para la ciudadanización de la arquitectura. Sin apoyo por parte de los expertos, pocos ciudadanos recorren sus espacios con ojos abiertos y miradas críticas. Jóvenes egresados de las escuelas de arquitectura, por ejemplo, con la frescura de ideas innovadoras, pueden dedicarse a esta tarea: explicar a sus colonos por qué la ciudad no sólo es superestructura funcional, anónima, sino un tejido emocional, rico en opciones. Sólo si los usuarios de la ciudad reconocen las

ventajas y desventajas de sus ambientes, pueden reconquistarlos y readaptarlos a sus exigencias básicas.

Tal concepto educativo aprovecha la lección histórica de que la formación de las ciudades significa el proceso de la civilización; y por eso su deformación megapolitana cuestiona los valores cívicos. Sin embargo, para entender los problemas y buscar las soluciones del lugar específico, la Ciudad de México, hay que rebasar sus límites y explorar el panorama internacional.

Más allá del malinchismo y de la xenofobia, propongo aprovechar las ventajas de la globalización, como el libre intercambio, no colonial y no comercial, de ideas con otras ciudades del planeta para aprender de otros contextos urbanos con problemáticas similares. En este intercambio, los Estados Unidos no necesariamente sirven como primera referencia. Aunque la cultura norteamericana reclama un liderazgo global, sus logros en el campo del urbanismo con algunas excepciones positivas, no convence. Por ejemplo: los "downtowns" monofuncionales para el comercio, en la noche, se convierten en desiertos peligrosos habitados por criminales y "homeless"; el "apartheid" existente entre los barrios negros, latinos y blancos disuelve la ciudad en zonas autónomas, en islas no comunicables; el "urban sprawl", es decir la suburbanización infinita como una acumulación de "no lugares" impide la identificación espacial y con eso crece el caldo de cultivo del aislamiento, desorientación y violencia de los habitantes (aun descubierto por las fachadas burguesas); el culto al coche como única garantía de libertad ciudadana produjo supercarreteras que destruyeron muchos tejidos tradicionales de las urbes y dejaron tierras de nadie; y, por fin, una alternativa actual, el llamado "New Urbanism", en gran parte es una escenografía artificial que reactiva un "kitsch" histórico, exclusivo para las clases medias y altas.



Tampoco el modelo de la hiperurbanización en las megalópolis asiáticas, como Shanghai, Kuala Lumpur o Singapur sirve como modelo del futuro desarrollo de México, porque repite, con toda brutalidad sistemática, los errores urbanísticos del funcionalismo unidimensional de los años sesenta del siglo pasado. Lo que sí vale la pena estudiar, revisar y posiblemente introducir en México son varios programas de revitalización urbana en Europa, como el famoso caso de Barcelona durante los noventa, bajo la dirección creativa de Oriol Bohigas, o el concepto inglés del "Urban Task Force", un programa inspirado por Richard Rogers para detener la decadencia de las ciudades post industriales, o la cultura de concursos de ideas para la planeación y saneación urbana en pequeños pasos, ampliamente practicado en las ciudades alemanas. Sin promover un eurocentrismo simplificado, es valioso repensar el concepto de la vieja ciudad europea, que en sus mejores ejemplos ofrece una cultura urbana de las contradicciones productivas y una postura de respeto a la multifacética herencia del pasado, sin olvidar experimentar con nuevas propuestas contemporáneas de arquitectura y creación espacial.

Para enriquecer el futuro desarrollo de la megaciudad de México, también es interesante orientarse hacia un ejemplo latinoamericano: Santafé de Bogotá, una ciudad gobernada actualmente por Antanas Mockus, quien puso en marcha un programa integral de educación ciudadana. Bogotá, una de las ciudades con peor fama en el mundo por su violencia, revive una fase de prosperidad espiritual porque su alcalde pugna por "una ciudad que trata lo público como sagrado" y "una ciudad amable con los niños"; él instaló un programa contra el desempleo de jóvenes y logró cierto éxito con un plan de desarme de la población con gratificaciones a cambio.

Estas comparaciones, y muchas más, concretan el lema "piensa global, actúa local", que para los arquitectos, definitivamente, no significa copiar las últimas modas arquitectónicas de Nueva York y París, sino comprometerse con el ecosistema propio, y mejorarlo con la frescura de nuevas ideas internacionales con un espíritu experimental. Dudo si el modelo koolhaasiano de analizar, con gran fascinación, pero sin propuesta, el caos megalopolitano de Lagos, sirva para resolver problemas de la ZMVM; pero una de las lecciones de esta

megaciudad africana es valiosa para México: que los megaproyectos del progreso unidimensional y occidental, casi completamente, se convierten en elefantes blancos dentro de la ciudad, cuyo tejido crece en forma de mosaicos, autoengendrados con otros parámetros. Frente a estos fenómenos resulta necesario, aunque es difícil, aprender del caos y retomarlo como inspiración del futuro diseño arquitectónico. Tal vez la megaciudad requiere microestudios que contienen inspiraciones, susceptibles de desarrollarse como estrategia de planeación urbano-arquitectónica. La Ciudad de México es un ambiente lleno de energía y potenciales, un laboratorio que ofrece empleo a arquitectos creativos y capaces de elaborar las transformaciones hacia la utopía del hábitat sustentable. ☼

